

MENSAJE DEL DIRECTOR a la Asamblea del CFCs

4 de marzo 2026

Introducción

Queridos miembros del CFCs, integrantes del Equipo de Trabajo y demás colaboradores:

Nos convoca hoy algo más que una obligación estatutaria. Nos convoca una historia compartida y una responsabilidad común. Gracias por su presencia en esta Asamblea. Gracias a los miembros por su fidelidad sostenida en el tiempo que es la columna vertebral de esta obra. Gracias al Equipo de Trabajo que con disciplina, creatividad y colaboración diaria hace posible que las buenas ideas que aquí se generan se traduzcan en procesos y actividades. Gracias a los donantes y voluntarios que, con generosidad silenciosa, ofrecen recursos y tiempo para esta institución.

Sobre todo, gracias a Dios, que nos impulsa constantemente, que abre posibilidades donde parecía haber límites, que suscita nuevas perspectivas y permite que esta institución encuentre acogida en la ciudad. No estamos aquí por inercia. Estamos aquí porque hay un llamado que viene de Él mismo, y porque intentamos responderle con generosidad.

1

1. Lo que somos y nos proponemos ser.

Toda Asamblea es un ejercicio de memoria y de proyección. Memoria de lo que somos; proyección de lo que estamos llamados a ser. Si perdemos la claridad sobre nuestra identidad, nos diluimos. Si olvidamos nuestra misión, nos convertimos en una institución ocupada en sobrevivir y no en servir.

Experimentemos como una gracia, como un regalo formar parte de esta institución. Aquí la orienta todo y no quiere ser discurso paralelo a la vida. La misión que brota de nuestra fe la hemos formulado en tres desafíos éticos y espirituales que atraviesan la sociedad y la cultura que habitamos: reconocer la dignidad de cada persona humana, impulsar la convivencia pacífica y cuidar responsablemente de la creación.

La dignidad humana no es un concepto abstracto. Significa reconocer que cada persona —sin excepción— tiene un valor que no depende de su clase

social, su ideología, su prestigio o su fracaso. Afirmamos que nadie es sobrante y que cada ser humano es revelación de la divinidad que lo habita y que le da vida.

La convivencia pacífica expresa la totalidad de bienes que hacen posible la vida de cada persona en su relación con sus semejantes, igualmente poseedores de dignidad como la suya. La paz no desconoce los desentendimientos y conflictos que surgen en la relación humana; expresa el aprendizaje de acoger la diferencia de pensamientos e intereses sin convertirlos en amenaza. Es la renuncia a la lógica que ve al otro como competidor o enemigo, para entrar en la lógica del encuentro, el acuerdo y la colaboración.

Cuidar el planeta es reconocer que no podemos usarlo como inagotable fuente de recursos naturales para satisfacer una ilimitada multiplicidad de deseos, sino como fuente de nuestra vida. Cuidar la casa común es cuidar la vida humana en su integridad.

Preguntémonos ¿Queremos realmente ser agentes activos de estos principios éticos que configuran nuestra misión, aunque impliquen cambios personales?

Si la respuesta es positiva, nos corresponde entonces afinar la atención y disponernos al discernimiento de nuestras mociones interiores para acoger con libertad y disponibilidad el mismo modo de ser Divino, dejándolo ser Dios en nosotros.

Para ayudarnos en este propósito y enraizados en una mirada evangélica e ignaciana del mundo de hoy, sabemos que debemos esforzarnos en ser una comunidad. Una comunidad que no es para sí misma y por ello hemos creado una institución para servir a la ciudad y a su transformación cultural. No somos un partido político ni nos identificamos con una corriente ideológica específica. Tenemos diversidad de miradas, sensibilidades y trayectorias. Tal diversidad no es problema; es una riqueza. Nos une no una plataforma política, sino la convicción de que Dios hace comunidad con cada uno de nosotros para que nosotros la hagamos entre nosotros.

Como comunidad pretendemos ayudarnos en ese proceso de transformación interior, para no terminar, sin querer, reproduciendo las dinámicas culturales que quisiéramos transformar: competencia, dominio del otro, desconfianza, búsqueda de poder o prestigio y exclusión.

Si bien cada uno, influye en un pequeño círculo humano, la cultura de una región no se transforma con esfuerzos individuales. Necesitamos comunidad, institución, procesos, actividades y sobretodo perseverancia.

2. ¿Cómo vivir con lucidez espiritual el momento histórico presente?

Pero, ¿cómo vivir este momento histórico tan crispado que nos rodea, acogiendo el actuar de Dios en nosotros y en la sociedad colombiana para salvarnos de nuestros laberintos interiores? ¿Cómo evitar que las emociones, pasiones y tentaciones del ámbito político terminen mutilando la obra creadora de Dios en nosotros?

La polarización política, el debilitamiento del lenguaje respetuoso, las reformas sin suficiente sustento técnico, los escándalos de corrupción, el forcejeo por controlar los poderes públicos, las diversas formas de violencia e ilegalidad social, como la tentación de soluciones extremas nos colocan ante una encrucijada moral profunda. La hora que vive el país no es solo la de una contienda electoral más, aunque ella definirá muchas cosas. Más profundamente, pienso que el alma colectiva del país pasa una prueba ácida de desarrollo espiritual, de humanidad y, en consecuencia, de sentido y acogida de lo divino.

En este contexto quienes queremos acoger a Dios no podemos reaccionar solo desde la emoción, la simpatía partidista o el impulso irracional. Estamos llamados a algo más exigente que quiero llamar lucidez espiritual.

La lucidez espiritual comienza por amar y acoger la verdad. Según el evangelio, la verdad nos hará libres. Esto significa mirar la realidad por dura que sea, sin maquillarla y sin deformarla según preferencias ideológicas.

La lucidez espiritual significa discernir esa realidad, desentrañando en ella sus valores y sus deterioros; lo que nos hace más humanos o nos deshumaniza; lo que nos divide o nos consolida como comunidad. Discernir no es retirarse del mundo, sino entrar en él con profundidad hasta sus motivaciones. Nos exige preguntarnos: ¿Qué están produciendo determinados hechos o procesos en el corazón del país? ¿Miedo? ¿Inestabilidad social e institucional? ¿Fragmentación del tejido social? ¿Obsesión por la conquista del poder? Si la respuesta a estos interrogantes es positiva, vamos por un camino que yo no llamaría del buen espíritu, en el lenguaje ignaciano.

Hoy vemos propuestas situadas en los extremos. Ambos extremos apelan a emociones legítimas: el deseo de justicia social y el anhelo de seguridad. Pero las emociones, cuando no pasan por el filtro del discernimiento espiritual, y no son iluminadas por la razón y la ética, pueden conducirnos a decisiones que lamentaremos por generaciones.

La tradición del discernimiento espiritual nos enseña a desconfiar de las soluciones fáciles en tiempos de desolación. Y quizás así podría definirse la situación que vivimos los colombianos socialmente hablando. Cuando existen miedos, tristezas, decepciones o amenazas, la sociedad tiende a buscar salvadores o caudillos. Cuando experimenta frustración, puede justificar atajos institucionales. Cuando hay inseguridad, puede aceptar restricciones indebidas a la libertad. La historia demuestra que los atajos suelen salir costosos.

Ignacio advierte también que el mal espíritu puede disfrazarse de ángel de luz, con mociones o propuestas de aparente bien. Aplicado a la vida pública, esto significa que no todo liderazgo es garantía de orden justo; no toda apelación a la justicia social asegura estabilidad institucional; no todas las reformas y cambios prometidos, son realistas o posibles técnicamente. El criterio decisivo en estos casos es examinar la dinámica interior que tales mociones sociales conllevan: ¿generan mayor verdad, compromiso y servicio? o ¿generan resentimiento, revancha o exclusión? El buen espíritu no elimina la firmeza ni la claridad, pero siempre preserva la dignidad del otro, abriéndose a tender puentes, pactos y generar colaboración en función del mayor bien común sostenible, es decir, a largo plazo.

Otro elemento esencial, en la lucidez espiritual con la cual deberíamos vivir esta tensa hora social, es **la libertad interior**. Ignacio la llama indiferencia, cuyo significado es el de no estar atados ciega y desordenadamente a una preferencia previa; en el caso de la sociedad, podría ser a un grupo, a una ideología o a una narrativa identitaria. La libertad interior debería llevarnos a suspender las reacciones automáticas y preguntarse con serenidad, qué opción concreta, aún imperfecta, protege mejor la convivencia, la justicia real y el aplomo de las instituciones públicas, privadas y comunitarias para lograr en el tiempo el progreso colectivo. La decisión puede llevarnos a elegir un mal menor o una alternativa de consenso en los procesos de cambio social necesarios que, aunque sean menos espectaculares, quizás sean más capaces de sostener los bienes sociales logrados, extendiendo sus alcances.

Finalmente, esta lucidez espiritual debe cultivarse mediante prácticas concretas. En primer lugar, necesitamos acudir a la oración; no como evasión o no apenas como solución de las necesidades personales, sino disposición de abrir la mente, el corazón o la consciencia a la fuerza divina que nos da la existencia; necesitamos ser transformados desde dentro para mirar y actuar con humanidad. En segundo lugar, apelar a información rigurosa y plural es un deber moral que nos protege de toda manipulación o autoengaño. En tercer lugar, es necesario examinarse cotidianamente en torno al lenguaje; a la actitud en relación con quien ve las cosas de modo diferente para no contribuir a la espiral de agresividad y de descalificación; para percibir si con humildad admitimos los errores de los actores políticos que cuentan con nuestra credibilidad. En cuarto lugar, tener presente que disponerse al diálogo, con una escucha atenta del otro, incluso cuando sea incómodo, es signo de fortaleza interior y no de debilidad.

La pregunta decisiva no es quién ganará las elecciones. La pregunta es qué tipo de sociedad estamos construyendo con nuestras palabras, decisiones, silencios y modos de actuar. ¿Una sociedad donde prima la intimidación y la imposición? ¿Una sociedad sin crítica y sin rendición de cuentas de quienes gobiernan? ¿Una sociedad capaz de reformarse y de corregirse, sin aniquilar al diferente?

El discernimiento espiritual ignaciano ofrece criterios para atravesar por buen camino y de buena manera las tempestades sociales que nos amenazan. El futuro no está escrito aún. Dependerá, en buena medida, de la calidad espiritual y moral de nuestras decisiones. Vivamos entonces este tiempo no como espectadores ansiosos ni como militantes ciegos, sino como ciudadanos espiritualmente lúcidos, porque han discernido, no quien es el candidato que creemos ungido por la voluntad de Dios, sino el modo de actuar, el modo de proceder, el modo de interrelacionarse y de tratar las realidades sociales, económicas y políticas en que hemos sido colocados históricamente para ser signos o sacramentos de esa realidad divina que nos habita, al igual que lo hizo Jesús de Nazaret.

Ese es el desafío. Y también nuestra oportunidad.

Gabriel Ignacio Rodríguez, S.J.
Centro de Fe y Culturas
4 de marzo, 2026